

El último día del primero de una nueva vida

Paula Andrea Muñoz Rojas

El reloj marcaba las tres de la tarde. Era un lunes como todos, mi día más ocupado de la semana, agitado y lleno de pendientes. Cuando por fin me disponía a calificar un examen en la sala de profesores, en medio de un silencio apacible, se escuchó el sonido aturdidor de unas cornetas. No dejaban de sonar. Me asomé por los ventanales de la sala, y como si fuera un sueño, vi a media Universidad salir de los salones como si fueran roedores. Por un momento, pensé que me había perdido de un simulacro de evacuación, pero si hubiese sido así, ni yo ni más de veinte docentes hubiésemos podido entrar al recinto. No estaríamos viendo con asombro la escena más extraña desde un sexto piso a diez metros de altura.

Un correo lo explicaba todo. Ese lunes, 16 de marzo de 2020, Rectoría dio la orden de abandonar el lugar. No se dio mucha explicación, pero se confirmó lo que estábamos esperando. El Covid-19 había llegado a Colombia y el susto no se pudo disimular. Nunca nadie nos preparó para ese momento y la orden era simple, salir.

La epidemia entonces era como un mal sueño. Y en ese, el mundo, que iba a más de cien kilómetros por hora, frenaba en seco. Desde ese día, todo cambió. Mientras las directivas pensaban cómo iban a continuar ofreciendo el servicio educativo; ya no desde lo presencial, sino desde lo virtual, nosotros tuvimos que cancelar por una semana todas las clases. En ese momento, yo, que nunca me había cuestionado el futuro, empecé a hacerme mil y una preguntas.

¿Qué iba a pasar con mi trabajo?

¿Qué decisión tomarían mis estudiantes ante este cambio tan abrupto?

¿Cuándo y cuánto tiempo nos van a aislar?

¿Cuál sería la determinación del Gobierno nacional?

¿Cuántas personas más morirán mañana?

¿Cómo vamos a vivir de ahora en adelante?

Las respuestas eran apenas obvias. El caso de Italia y de España eran contundentes, y en Colombia, solo faltaba dictar sentencia. No obstante, algo muy dentro de mí tenía la esperanza de que, por amor a la ‘Virgen Santísima’, esa peste no fuera a ‘arrasar’ con el país. Fe de latino que llaman.

Una semana después, la Universidad compró las licencias necesarias para impartir las clases desde lo remoto, y hasta ahí, la primera pregunta de mi lista había quedado resuelta. El panorama en ese sentido no era tan desolador. Además, pensé, “no creo que esto dure mucho”.



El 25 de marzo de 2020, el Gobierno decretó un distanciamiento físico y social por 19 días, los cuales terminaron siendo cinco meses, y al que se le terminó llamando “Aislamiento preventivo obligatorio colaborativo e inteligente”. Yo en cambio lo titularía, “Proceso de adaptación y transformación social obligatorio”.

La idea de las clases remotas nunca me incomodó. Mientras tuviera los medios y las herramientas necesarias para hacerlo no le veía ningún problema. La verdadera dificultad la estaban viviendo mis estudiantes, que con el pasar de los días, iban desapareciendo de mi lista de asistencia. No hay nada que dé más impotencia en la vida de un docente, que ver cómo algunos de sus mejores estudiantes abandonan su sueño profesional por problemas económicos. El común denominador era el de jóvenes oriundos de otros departamentos que estudiaban en Bucaramanga y pagaban un arriendo compartido o una habitación, y para subsistir, algunos trabajaban o eran apoyados por sus padres. Para ellos, la situación fue fulminante.

También, me volví mucho más paciente porque me di cuenta del esfuerzo que hacían mis estudiantes por concentrarse y enfocarse en las clases en medio de tanta mortandad y angustia, siendo muchos de ellos los responsables del único contacto con el mundo exterior. Recuerdo que en medio de una de mis clases de Comunicación Escrita con un curso de séptimo semestre de Instrumentación Quirúrgica, le pregunté a una alumna cómo se estructuraba la introducción de un ensayo –algo que ya les había explicado antes–. Ella solo respondió, “espere profe”, “Don Mario, aquí le pago la libra de tomate y anóteme el resto”.

La tolerancia se forjó de parte y parte. Por ejemplo, en mis clases con los estudiantes de tecnologías; de seis a nueve de la noche de lunes a miércoles, pasé episodios de estrés y presión que nunca pensé vivir. La primera hora de clase se desarrollaba con total normalidad. Sin embargo, justo a las siete de la noche, mis dos perros, Orión y Max, se sentaban frente a mí para exigir a punta de latidos ensordecedores el segundo y último paseo del día para hacer sus necesidades. La sensación era siempre la misma: me sudaban las manos, me daban ganas de ir al baño, mi corazón se aceleraba, y yo, me moría de la vergüenza. ¿Cómo calla uno a dos perros que no tienen ni la culpa?

Un día, para evitar tenerlos cerca, me encerré en el estudio. Pensé que si veían la puerta cerrada se resignarían y esperarían hasta las nueve. No. Definitivamente no se lo aconsejo a nadie. Ellos ya estaban acostumbrados a una rutina. No entendían por qué mi papá no se inmutaba y los sacaba. Parecen cosas simples, pero no lo son. No se puede cambiar a un animal de la noche a la mañana. Como era de esperarse, duplicaron esfuerzos y rasgaron la madera de la puerta con las garras. En dos ocasiones, las primeras, se orinaron debajo de mi escritorio como símbolo de rabia e indignación. Nada que hacer. Negocié con mis estudiantes y destinamos un descanso de quince minutos a las siete de la noche. Necesitaba de su comprensión, y por fortuna, accedieron.

La pandemia nos enseñó que no es suficiente vernos y escucharnos si no entendemos la situación del otro. Lo digo porque en el juego de la vida no importa si estás más arriba o abajo, si eres el docente o el alumno, al final todos tenemos una familia que defender y unos sueños por los cuales luchar. Y en ese sentido, todos somos iguales. Algunos de mis estudiantes perdieron a sus padres, hermanos o abuelos. De mi vida partieron colegas, conocidos y familiares. La institución para la que laboré dos años y medio sufrió pérdidas económicas que no le permitieron contratar a la misma planta docente el segundo semestre de 2020. Sí. Perdí mi trabajo, pero no las ganas de salir adelante. Vendí overoles anti fluido, tapabocas, trabajé en una BPO estadounidense, una fundación y un colegio. Aprendí

alfarería y me hice un curso de diseño de interiores. Volví a jugar ajedrez con mi papá y ahora no evitamos los temas incómodos. A mis perros los sigo sacando a las siete y además de eso, los peluqueo mensualmente. Otra habilidad descubierta.

El mundo y nosotros no volveremos a ser como antes, y para mí es más una fortaleza que una debilidad. Sin embargo, como dijo Davinci, «Todo nuestro conocimiento tiene su origen en nuestras percepciones». ¿Cómo lo ves tú?